

Fiesta de Todos los Santos
Iglesia del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
1 de noviembre de 2025

Ap 7, 2-12
Mt 5, 1-12

Sermón

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Hoy comenzamos el mes del Año Litúrgico que la Iglesia dedica, de un modo especial, a la oración por los difuntos, la Iglesia Purgante, con la cual nosotros, la Iglesia Militante, estamos en íntima comunión. En el Día de los Fieles Difuntos, que sigue a la solemnidad de hoy, se celebrarán Santas Misas en todas las iglesias y capillas del mundo por el eterno descanso de las almas inmortales de nuestros hermanos y hermanas que nos han precedido en la muerte y que se encuentran en el estado del Purgatorio, completando la remisión de la pena temporal debida por sus pecados. Durante todo el mes recordaremos, con el pensamiento y la oración, a nuestros queridos hermanos y hermanas difuntos, visitaremos piadosamente los lugares donde reposan, si es posible, y mandaremos celebrar Santas Misas por su eterno descanso. Recordaremos también a los difuntos que no conocemos, pero que necesitan de nuestras oraciones. Noviembre, y en particular el Día de los Fieles Difuntos, es un tiempo propicio para obtener indulgencias plenarias por nuestros hermanos y hermanas difuntos, a fin de que les sea remitida la pena temporal debida por sus pecados¹. Al mismo tiempo, sabiendo que los difuntos dependen de nuestras oraciones para poder unirse pronto a la Iglesia Triunfante, les pedimos que recen por nosotros, a quienes continúan amando, deseando ayudarnos a afrontar los muchos desafíos que conlleva seguir fielmente a Nuestro Señor en el camino de la Cruz.

Hoy celebramos la memoria de nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia Triunfante, que nos han precedido en la muerte y cuyas almas están con el Señor en el Cielo, en espera de la Resurrección del cuerpo en el Último Día. Recordamos tanto a aquellos que han sido reconocidos públicamente por la Iglesia por la santidad heroica de su vida, como a los innumerables hermanos y hermanas que han seguido fielmente a Cristo en su existencia terrenal y han alcanzado el destino final de su peregrinación: la Jerusalén Celestial. Celebramos a la “enorme muchedumbre, imposible de

¹Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1479.

contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas. Estaban de pie ante el trono y delante del Cordero, vestidos con túnicas blancas; llevaban palmas en la mano”², a quienes vio san Juan Apóstol en su visión de la Jerusalén celestial. Damos gracias a Dios por todos los santos, por la comunión que tenemos con ellos en la Iglesia, por su ejemplo que nos inspira, y por su intercesión en nuestro favor, para que un día podamos unirnos a su compañía celestial ante el Trono de Dios — Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al contemplar a todos los santos, se nos recuerda vivamente la inconmensurable y continua abundancia de la gracia divina —de la vida divina que fluye del Sagrado Corazón de Jesús hacia nuestros corazones—, que nos llama a la santidad de vida, llamada que cada uno de nosotros, sin excepción, ha recibido en el bautismo. Nuestro nombre cristiano nos recuerda la vocación y misión que recibimos en el Sacramento del Bautismo. En palabras de san Juan Pablo II: “si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial”³. Al celebrar la memoria de todos los santos, celebramos también nuestra propia llamada a la santidad de vida, a la conversión cotidiana del corazón hacia Cristo. Celebramos la vocación que recibimos en nuestro bautismo. Al reflexionar sobre la riqueza de la santidad, que resplandece en la vida de la multitud de testigos de Cristo, nos llenamos de nuevo entusiasmo y energía para alcanzar lo que san Juan Pablo II llamaba “«*alto grado*» de la vida cristiana ordinaria”⁴, esforzándonos, en Cristo y con la ayuda de su Espíritu, por cumplir la voluntad de Dios en todo.

Sea cual sea nuestro estado de vida —casados, solteros, consagrados u ordenados—, y sean cuales sean las circunstancias de nuestro hogar, trabajo y actividades diarias, todos estamos llamados al camino de la felicidad de Cristo, el camino que Él nos enseñó en el Sermón de la Montaña y, en particular, en las Bienaventuranzas⁵. Estamos llamados a reconocer, con humildad, nuestra propia pobreza espiritual y, al mismo tiempo, a confiar plenamente en el amor misericordioso de Dios, que nos enriquece eternamente. Estamos llamados a abrazar el sufrimiento, para ser purificados de nuestro pecado y fortalecidos en el amor puro y desinteresado a Dios y al prójimo. Estamos llamados a reflejar

²Ap 7, 9.

³“... si vera est Baptismus ingressio in Dei sanctitatem per insertionem in Christum ipsum nec non Spiritus eius per inhabitacionem, quaedam repugnantia est contentum esse mediocri vita, quae ad normam transigitur ethnicae doctrinae minimum solum poscentis ac religionis superficiem tantum tangentis.” Ioannes Paulus PP. II, “Epistula Apostolica *Novo millennio ineunte*, ‘Magni Iubilaei Anni MM sub exitum,’ 6 Ianuarii 2001,” *Acta Apostolicae Sedis* 93 (2001) 288, n. 31. Traducción al español: Pope Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, “Al Concluir el Gran Jubileo del Año 2000”, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/2001/documents/hf_jp-ii_apl_20010106_novo-millennio-ineunte.html, no. 31.

⁴“... «*superiorem modum*» *ordinariae vitae christianae*.” Ibid., n. 31.

⁵Cf. Mt 5, 1-11.

la santidad de Dios en nuestras actitudes, palabras y acciones ante los demás, luchando cada día por vencer el pecado y hacer lo que es justo y lleno de amor. Finalmente, estamos llamados a aceptar con alegría la indiferencia, la hostilidad, la persecución e incluso el martirio por seguir a Cristo, y a regocijarnos al compartir, con Él, la Cruz que conduce a la Resurrección y a la Vida Eterna.

Después de enseñar su camino hacia la felicidad —una felicidad que comienza ya en esta vida y alcanza su plenitud en la vida futura—, Cristo relacionó su enseñanza con los Diez Mandamientos, mostrando que su camino es el cumplimiento de cada letra de la Ley de Dios⁶. Concluyó con unas palabras que describen el programa de nuestra vida diaria: “Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo.”⁷ El apóstol san Juan, reflejando las enseñanzas de Cristo, nos recuerda que quien espera estar con Dios para siempre, en compañía de los santos, “Se purifica, así como él es puro.”⁸

Las palabras de Nuestro Señor pueden parecernos irreales o inalcanzables, pero no lo son. Los santos son testigos de que, con la ayuda de la gracia divina, podemos esforzarnos cada día por alcanzar la santidad de vida, que es una participación en la perfección del amor divino. La devoción a los santos expresa nuestra fe en que Cristo, por medio del Espíritu Santo, puede realizar en nosotros sus obras de amor, las cuales nosotros, por nuestras propias fuerzas, no podríamos cumplir. La devoción a los santos nos lleva a superar la duda, la vacilación y el miedo ante el realismo de las palabras de Cristo: “Sean perfectos como es perfecto el Padre que está en el cielo.”⁹

Como nos enseñó el papa Benedicto XVI en su primera carta encíclica, la devoción a los santos —que comienza con la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Reina de todos los Santos— “muestra la intuición infalible de cómo es posible este amor [puro]: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial «del que manarán torrentes de agua viva» (*Jn* 7, 38).”¹⁰ La devoción a los santos nos revela la realidad del amor cristiano “y de dónde extrae su origen y su fuerza siempre renovada.”¹¹

Cuando consideramos atentamente la vida de cada santo, descubrimos cómo la gracia de Dios actuó en cada uno de ellos para vencer la tentación y el pecado, de modo que la voluntad divina se

⁶Cf. Mt 5, 17-20.

⁷Mt 5, 48.

⁸1 Jn 3, 3.

⁹Mt 5, 48.

¹⁰“... certam perceptionem quo pacto talis [purus] amor fieri possit: longe intimam cum Deo per coniunctionem, per eius pervasionem — quod sinit ut is, qui Dei amoris ex fonte bibit, scaturigo ipse fiat ex quo «flumina ... fluent aquae vivae» (Io 7, 38).” “Benedictus PP. XVI, Litterae encyclicae *Deus caritas est*, ‘De Christiano amore,’ 25 Decembris 2005,” *Acta Apostolicae Sedis* 98 (2006) 252, n. 42. Traducción al español: “Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, ‘Sobre el Amor Cristiano,’ 25 Diciembre 2005,” https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html, no. 42.

¹¹“... undeque oriatur, unde usque renovatam vim depromat.” Ibid.

cumpliera en todo. Cuando nos sentimos tentados a pensar que no podemos hacer todo lo que Dios nos pide, debemos recordar las vidas de los santos y pedir su ayuda y protección. Un medio esencial para crecer en nuestra relación con Cristo es el estudio de la vida de los santos. Es una práctica espiritual que tal vez haya decaído en las últimas décadas, pero que debemos reavivar.

Al observar hoy también el Primer Sábado de Reparación, que el Niño Jesús y Su Madre, Nuestra Señora de Fátima, nos han pedido practicar por medio de sus apariciones a la Venerable Lúcia dos Santos los días 10 de diciembre de 1925 y 15 de febrero de 1926, se nos recuerda cuánto hieren nuestros pecados, indiferencias e ingratitudes a Su Sacratísimo Corazón y al Inmaculado Corazón de Ella. En ambas apariciones —la del 10 de diciembre de 1925 y la del 15 de febrero de 1926— se expresa claramente la esencia de la devoción de los Primeros Sábados: una profunda conciencia de cómo el pecado ofende a Nuestro Señor y a Su Inmaculada Madre; un corazón humilde y contrito que busca reparar los pecados cometidos y las ofensas que causan a Nuestro Señor y a Su Virgen Madre Inmaculada; y la confianza en la promesa que acompaña esta devoción, es decir, la promesa de Nuestra Señora de asistir en la hora de la muerte, con todas las gracias necesarias para la salvación, a quienes practiquen los Primeros Sábados con verdadero arrepentimiento y con el deseo de reparar, por amor puro y desinteresado a Dios.

La devoción de los Primeros Sábados no es un acto aislado, sino que expresa un modo de vida: la conversión diaria del corazón al Sacratísimo Corazón de Cristo, bajo la guía y el cuidado maternal del Doloroso e Inmaculado Corazón de María, para la gloria de Dios y la salvación de las almas. Que la devoción de los Primeros Sábados sea parte esencial de nuestro esfuerzo por vivir en el amor de Cristo, para ser “perfectos como es perfecto el [vuestro] Padre que está en el cielo.”¹² Los invito a unirse conmigo en la “Oración diaria en preparación para el Centenario de la Aparición del Niño Jesús y Su Virgen Madre a la Venerable Sierva de Dios Lúcia dos Santos”, que celebraremos el próximo 10 de diciembre. Si Nuestra Señora nos pide practicar la devoción de los Primeros Sábados, ¿por qué no lo hacemos?

En compañía de todos los santos, unidos de corazón al Inmaculado Corazón de María, nos acercamos ahora al altar del sacrificio de Cristo. Nuestro Señor Jesucristo, sentado en la gloria a la derecha del Padre, se inclina hacia nosotros mientras nos acercamos y nos atrae hacia Sí, hacia Su glorioso Corazón traspasado. A través de nuestra celebración de la Santa Misa, nosotros, que aún peregrinamos en la tierra, nos unimos a todos los santos del Cielo en su adoración de Dios —Padre,

¹²Mt 5, 48.

Hijo y Espíritu Santo—. La Santa Misa, como nos recordaba con fuerza nuestro querido y difunto papa San Juan Pablo II, “une el cielo y la tierra.”¹³

Los santos, el Coro Celestial que está presente en cada celebración del Santo Sacrificio de la Misa, nos ayudarán ahora a acercarnos a Cristo, a ser recibidos en Su Corazón infinitamente amoroso. Imitando el ejemplo de Nuestra Señora de Guadalupe, la Virgen Madre de Dios, y de todos los santos, e invocando la ayuda de sus oraciones, unamos ahora nuestros corazones al Corazón Eucarístico de Jesús. De Su Corazón abierto, fuente de toda santidad, recibiremos la gracia para buscar cada día la perfección de una vida santa, a la cual todos estamos llamados.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE

¹³“Caelum enim coniungit et terram.” “Ioannes Paulus PP. II, Litterae Encyclicae *Ecclesia de Eucharistia*, ‘De Eucharistia eiusque necessitudine cum Ecclesia,’ 17 Aprilis 2003,” *Acta Apostolicae Sedis* 95 (2003) 438, n. 8. Traducción al español: “Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, ‘Sobre la Eucaristía em su relación com la Iglesia,’ 17 Abril 2003,” https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_20030417_eccl-de-euch.html, no. 8.